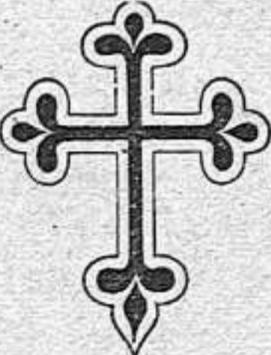


BOLETIN  OFICIAL

DEL

OBISPADO DE LEÓN

LA SANTA MISA

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. Y RDMO.

Sr. Dr. D. José Alvarez Miranda

OBISPO DE LEÓN

dirige a sus amados Clero y fieles

CON MOTIVO

DE LA CUARESMA

SUMARIO

Introducción.--Objeto de esta *Carta Pastoral*--La Misa es una materia importantísima.--La obra más santa y más agradable a Dios.--Gracias que nos proporciona.--Necesidad de tratar esta materia.

I.--Instrucción necesaria al pueblo cristiano.--Remedio para que se cumpla con el precepto de oír Misa, se oiga con frecuencia y como se debe.--Excelencias de la Misa.--Lo que dice el Tridentino.--Cumplimiento de las profecías.--La ofrenda pura.--Compendio del amor divino.

II.--Valor de la Misa --Es renovación y aplicación del sacrificio de la cruz.--Cristo instituyó el sacrificio dando a sus Apóstoles, y sucesores en el sacerdocio, la potestad de consagrar en todo tiempo y en toda la Iglesia hasta la consumación de los siglos.--Dulce consuelo.--Fines de la Misa.

III.--Por qué se ofrece a Dios --Es la obra que más le honra.--Se llama sacrificio *eucarístico*. -- Es *propiciatorio* por los vivos.-- Y también *propiciatorio*, o *satisfactorio* por los difuntos -- Medio efficacísimo en sufragio de las almas -- Doctrina consoladora. -- Misas por los difuntos. -- Censura que merecen los que no cumplen las obligaciones de Misas.--Aniversarios en sufragio de las almas.--Gran responsabilidad de los que descuidan su cumplimiento.--Sacrificio *impetratorio*.--Gracias de todas clases.--Nada hay en el mundo comparable con la Misa.

IV.--Sagradas ceremonias --Sentimientos que deben excitarse --Lo que dicen los Santos.--Dulces afectos y gratas emociones.--No es larga ni pesada.--Por qué no se consigue lo que se pide.

V.--Precepto de oír Misa.--Pecado que se comete omitiéndola sin causa.--Santificación de los días festivos --Males que acarrea la inobservancia de este precepto.--En los días festivos la Misa parroquial se aplica por el pueblo.--Un motivo más para asistir a ella.--Mala correspondencia a estos beneficios.

VI.--Fines del sacerdote al celebrar.--Los fieles son también oferentes.--Lo que debe hacerse durante la Misa.--El tiempo mas oportuno para tratar con Dios y alcanzar gracias.--Exhortación para oírla con frecuencia y diariamente.--Comulgar en la Misa.

VII.--Faltas de respeto y atención en la Misa.--Aumentan su gravedad las circunstancias --Castigos --Respeto al templo.--Con qué reverencia deben estar los fieles mientras se celebra --¿Qué sería del mundo si no fuera por la Misa?--Trabajos de los impíos por abolirla.--Beneficio extraordinario para los pueblos.--Ingratitud.--Pruebas de agradecimiento.--*Hostia immaculada, Pan santo de vida eterna*.--Otros motivos para no faltar a la reverencia, y estar con la atención y devoción debidas

VIII.--Consideraciones bellísimas como ampliación de lo expuesto.--Medios para fijar la atención.--Recogimiento interior.--Actos y afectos de alabanza.--Salmo eucarístico.--Nuestra admiración.--Peticiones --Ofrecimientos. --Dicha inestimable que se encierra en la santa Misa. --Firmeza en la fé. --*Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos de los siglos*.--Instrucciones que deben darse en la predicación parroquial y catequesis.

IX.--*Conclusión.*--Dos palabras.--Sublime dignidad del estado sacerdotal.--Lo que dice S. Francisco de Sales, S. Beda y el Doctor Angélico.--Importancia del último Evangelio.--Renovación de propósitos.--Pedir por la paz.

Nos el Dr. D. José Alvarez Miranda,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA
SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE LEÓN.

A nuestros venerables Hermanos Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, Abad y Cabildo de la Real Colegiata de San Isidoro, Reverendos Arciprestes, Curas párrocos, Ecónomos y demás Clero secular, a los Profesores y alumnos de nuestros Seminarios Conciliares de San Froilán y de San Mateo de Valderas, a las Comunidades de Religiosos y Religiosas, y a todos nuestros amados hijos los fieles de esta Diócesis.

Salud, paz y gracia en Nuestro Señor Jesucristo

«Hoc facite in meam commemorationem.»

«Haced esto en memoria mia.»

(Luc. XXII, 19)

Venerables Hermanos y amados Hijos:

IMPORTANTÍSIMO es el objeto de esta *Carta Pastoral*, que os dirigimos con motivo de la santa Cuaresma. Nos hemos propuesto hablaros en ella de la cosa mas excelente, mas grande y divina que hay en la tierra, que es la santa Misa. Todo lo que podemos decir de la excelencia y dignidad del santo sacrificio del altar es muy poco, será como pálido reflejo de la realidad; porque Jesucristo

no hizo en el mundo una acción mas grande que esta, y por tanto es necesario confesar, como dice el Concilio Tridentino, «que la Misa es entre todas las obras, la más santa y la más divina» (1). Por consiguiente, para que formemos del santo sacrificio de la Misa el mas alto concepto, que nos sea posible, y lo tengamos en el sumo aprecio y veneración que debemos, vamos a tratar en esta *Carta* de esta materia sobremanera interesante.

Sucedede de ordinario que las cosas, por mas grandes y maravillosas que sean, si se repiten con frecuencia, ó diariamente, ya no llaman nuestra atención, ni nos admiran, ni tampoco las prestamos el aprecio y estimación que merecen; y algo parecido nos ocurre con la santa Misa, no tan solo por este y otros motivos, sino también y principalmente porque muchos no tienen exacto conocimiento de lo que es la Misa. Por esto, buscando la gloria de Dios y el bien de las almas, hemos creído necesario y oportuno hablaros, amados Hijos, de la excelencia y dignidad de la santa Misa, de su mérito y valor infinito y de las gracias y bienes de toda clase, que nos proporciona tan augusto sacrificio; para que bien penetrados de lo que es, de lo que vale y significa la santa Misa, sepáis todos agradecer, y procuréis apreciar y estimar, cual corresponde, este incomparable beneficio, y á la vez cumpláis religiosamente el precepto de oirla con la aten-

(1) C. Trid. decr. de observ. in cel. Mis.

ción y reverencia debidas, y asistáis a ella con la frecuencia posible.

Sobre los puntos, que dejamos indicados, haremos breves y sencillas consideraciones, que procuraremos exponer con lenguaje sencillo, paternal, al alcance de todos; porque á todos nos dirigimos, y á todos *soy deudor*, como decía el Apóstol; y por tanto hablaremos, *no con palabras estudiadas de humana sabiduría, sino conforme nos enseña el espíritu de Dios* (1).

No dudamos que recibiréis la presente con el buen deseo, filial afecto y veneración con que habéis recibido nuestras anteriores, lo que Nos sirve, en medio de los trabajos y continuas ocupaciones de nuestro ministerio, de gran consuelo, satisfacción y gozo, y Nos alienta y estimula para seguir adelante, escribiéndoos de vez en cuando sobre algún punto, que juzguemos mas conveniente para vuestra instrucción y santificación, y al mismo tiempo para afirmar vuestra fé, y fomentar vuestra piedad y devoción.

I

Nos parece que el tema, que hemos elegido para esta *Carta*, ha de contribuir eficazmente al fin que nos proponemos y vosotros deseáis; porque es indudable que el

(1) I Cor. II. 13.

pueblo fiel debe estar bien instruído en lo relativo al santo sacrificio de la Misa. Con tal motivo el sumo Pontífice Pío IX dispuso: «que los párrocos, predicadores y todos
»los que tienen obligación de instruir al pueblo cristiano,
»expongan y expliquen con diligencia y claridad a los
»fieles la necesidad y excelencia, el fin y frutos de la san-
»ta Misa, procurando a la vez excitar e inflamar a los
»mismos, para que asistan a ella con la fe, religión y pie-
»dad debidas, y con la mayor frecuencia que les sea po-
»sible, para de este modo conciliarse la divina misericor-
»dia, y alcanzar todo género de beneficios» (1). Esto nos dice la grandísima importancia de los puntos señalados, y además hace resaltar la oportunidad y necesidad de tratarlos; porque vosotros mismos, como hemos tenido ocasión de observar en la Santa Visita, deseáis mas instrucciones sobre una materia tan interesante.

Por otra parte, para poner remedio al mal, que tanto lamentamos, y que desgraciadamente tiende a propagarse, sí; lo decimos con dolor y amargura de nuestro corazón ¿cómo se cumple con el precepto de oír la santa Misa? ¿con qué atención, reverencia, devoción y fervor se asiste a tan augusto sacrificio? ¡Ah! qué poco interés demuestran muchos fieles en oírla en los días laborables, y, ¿cuál es la causa de este lamentable estado y culpable negligencia? No es en general la incredulidad, impie-

(1) Enc. *Amantissimi Redemptoris*, 3 *Muj.* 1858

dad, ó indiferencia; pues, aunque por desgracia hay algunos, son pocos los que figuran en este número; pero son bastantes los tÍbios, apáticos, descuidados y faltos de instrucción en esta materia, los que por abandono y negligencia en el cumplimiento de los deberes religiosos, los que por tibieza y frialdad en la fe, y los que por carecer de la conveniente educación religiosa, descuidan una obligación tan sagrada, o la cumplen de una manera deficiente, privándose además de los especiales frutos y grandes bienes de la santa Misa.

Resulta, pues, evidente la conveniencia y necesidad de tratar esta materia, útil y conveniente para todos, y muy agradable en especial para las almas devotas y piadosas.

Todo lo que podamos decir acerca de las excelencias de la santa Misa, no será bastante para explicar, cual corresponde, la majestad y grandeza infinita de este augusto sacrificio; pero ayudará para que de él formemos el altísimo concepto que debemos tener; porque la Misa es lo principal de nuestra religión, lo mas solemne y grandioso de nuestro culto, la acción mas grande que se hace en la tierra; y en una palabra, la obra mas santa y mas agradable a Dios, que puede hacerse. Y por esto la iglesia la reviste del mayor aparato y pompa, haciendo que en su celebración se observen los ritos sagrados y místicas ceremonias, no solo para realzar en lo posible la majestad del santo sacrificio, sino tambien para que la

mente de los fieles, por medio de estos signos visibles de la religión, se eleve a la contemplación de los altísimos misterios que se operan en nuestros altares.

Durante la Misa deberíamos quedar como absortos en la consideración de este augusto y tremendo sacrificio, que es una obra eminentemente divina, como dice un autor piadoso; «Obra divina en su *principio*, que es Dios; el único que podía con su omnipotencia obrar el estupendo prodigio de transubstanciar el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Obra divina por el *medio*, que es también Dios, el único; que humanándose, podía ofrecer una víctima igual a la soberana Majestad a quien se inmola, satisfaciendo así por las injurias, que recibe del hombre pecador é ingrato. Obra también divina por su *fin*, que es igualmente Dios; el único que merece víctimas y sacrificios de un precio infinito; pues así como el sacrificio de la Cruz era el término a que se dirigían las figuras y profecías del antiguo Testamento; así también el santo sacrificio de la Misa es el objeto de nuestro culto, el centro de muchas esperanzas, el término de todas las ceremonias de la iglesia, el límite en cierto modo de la omnipotencia y sabiduría infinitas, y debería ser también el blanco de nuestros obsequios, adoraciones y trasportes de amor» (1).

Esto es lo que debemos procurar cada día con mayor

(1) Mach, Tesoro del sac.

empeño. Y para concebir una idea mas elevada de la excelencia y dignidad de la santa Misa, veamos lo que sobre este particular dice el santo Concilio de Trento en las palabras siguientes: «Cuanto cuidado deba ponerse
»en que el santo sacrificio de la Misa se celebre con todo
»el culto y veneración que pide la religión, facilmente lo
»comprenderá cualquiera que considere, que se llama en
»la sagrada Escritura, *Maldito el que ejecuta con negligencia la obra de Dios.* Y si ninguna otra obra pueden
»los cristianos hacer tan santa y divina como este tremendo misterio, en que se ofrece a Dios todos los días
»en sacrificio por los sacerdotes aquella hostia vivificante, por la cual fuimos reconciliados con Dios Padre;
»bastante se echa de ver cuanto cuidado y esmero deba
»ponerse en celebrar con la mayor inocencia y pureza
»interior de corazón, y con las demostraciones exteriores de devoción y piedad que se pueda» (1). Y lo que se dice aquí de la celebración, se puede así mismo entender de la asistencia al santo sacrificio, teniendo presente que los asistentes vienen, en cierto modo, a ser también oferentes, como diremos después.

En la institución de este divino sacrificio se ven claramente cumplidas las antiguas profecías, según las cuales llegaría tiempo en que no aceptaría Dios ofrenda alguna de los sacerdotes de la Ley antigua, terminando

(1) Trid. ses. XXII, dec. de observ. etc.

aquellos sacrificios, que serían ventajosamente reemplazados por la ofrenda pura del nuevo sacrificio, según anunció el profeta Malaquías en estas palabras: *Porque de levante a poniente es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y ofrece al nombre mio una ofrenda pura* (1).

Esta ofrenda pura es la Misa, *que es lo más bueno y lo más hermoso de la iglesia*, como dice San Alfonso interpretando la profecía de Zacarías. «Porque entre todos los tesoros celestiales ¿qué bien mayor, ni más hermoso tiene Dios que dar a los hombres cada día, que el *trigo*, ó pan de los escogidos; esto es, la Santísima Eucaristía, con que les dá fuerzas, prontitud y alegría para emplearse en todo lo bueno, y para resistir y vencer las tentaciones? y aquel *vino que engendra vírgenes*; esto es, su sangre, que a los que la reciben dignamente, los hace puros, castos, incorruptibles e inmortales» (2).

Con razón San Buenaventura (3) llama a la santa Misa el compendio de todo el amor divino, y de todos los beneficios dispensados a los hombres; porque en la Misa se nos dá Jesucristo por medio del Santísimo Sacramento del altar, que es el fin y término de todos los demás sacramentos. Se ofrece una *hostia pura, santa e*

(1) Malaq. I, 10, 11.

(2) Selva, parte 2.^a

(3) S. Bonav. de instit. p. 1. c. 11.

inmaculada, como se dice en el cánon, que tiene virtud para purificarnos y santificarnos, capaz por sí sola de dar a Dios el supremo honor, que le es debido, de borrar todos los pecados del mundo, y de alcanzarnos infinitas gracias y beneficios, según vamos a exponer hablando de sus efectos y frutos. ¿Y qué puede imaginarse de más estupendo y admirable?

II

Para comprender mejor la excelencia de la santa Misa, que es el compendio de todas las maravillas que obró el Señor, y el mas santo de todos los sacrificios, diremos algo de sus admirables efectos, de su valor infinito. El augusto sacrificio del altar es la renovación y aplicación del gran sacrificio de la Cruz; «porque la hostia es una misma uno mismo el que ahora ofrece por el ministerio de los sacerdotes, que el que entónces se ofreció a sí mismo en la Cruz, con sola la diferencia del modo de ofrecerse. Los frutos por cierto de aquella oblación cruenta se logran abundantísimamente por esta incruenta; tan lejos está que esta derogue de modo alguno á aquella» (1). El mismo Redentor que se ofreció por nosotros en la cruz, es el que se sacrifica en el ara del altar

(1) Trid. ses. XXII, c. 2.

por medio de los sacerdotes. Jesucristo es a la vez víctima y principal oferente; y por consiguiente, la santa Misa es un sacrificio de infinito valor, tanto por razón de la víctima, que es Jesucristo, como por razón del primario y principal oferente, que es también el mismo Jesucristo, el cual se ofrece por ministerio de los sacerdotes. De modo que una Misa acarrea a los hombres el mismo bien y salud que el sacrificio de la cruz, según enseña Santo Tomás (1).

Nuestro Salvador instituyó el santo sacrificio del altar para que se ofreciese hasta la consumación de los siglos, dando a los Apóstoles, y a sus sucesores en el sacerdocio, la potestad de ofrecer y consagrar el pan y el vino en su cuerpo y sangre, cuando dijo estas memorables palabras: *Haced esto en memoria mia* (2). Y desde el origen del cristianismo se viene celebrando la santa Misa, y ofreciéndose tan augusto sacrificio en todo tiempo, en toda la Iglesia y por todos los sacerdotes del orbe católico. Qué dulce consuelo y gozo debemos sentir sabiendo que en todas nuestras iglesias, aún en las de los pueblos más apartados, el sacerdote celebra diariamente la santa Misa; que todos los días ofrece al Señor tan santo sacrificio, que es fuente inagotable de toda clase de bienes, y lo ofrece para honrar a Dios, aplacar

(1) In cap. 6 Isai. lect. 6.

(2) Luc. XXII, 19.

su ira, y alcanzar para todos las innumerables gracias, que por él se consiguen. «Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios, alegra a los ángeles, y edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, dá descanso a los difuntos y hácese participante de todos los bienes» (1). Aquí tenéis indicados los fines por los que se celebra la santa Misa, y los frutos y especiales gracias que por ella se obtienen. Y como esto es muy interesante para todos, procuraremos esponerlo, aunque sea brevemente, con la mayor claridad, para que conociendo los admirables efectos y señaladísimos beneficios de la santa Misa, avivéis vuestra fe y se escite vuestra piedad, a fin de que tengáis por ella el aprecio e interés que debe tenerse, y procuréis oirla con el respeto, atención y reverencia, que pide un acto tan solemne.

III

El sacrosanto sacrificio de la Misa se ofrece a Dios en protestación y reconocimiento de su dominio supremo sobre todas las criaturas, tributándole el culto de latría, que corresponde a su infinita Majestad; y con la Misa

(1) Imitación de Cristo, lib. 4, c. 6.

se le da mayor honor y gloria que la que le han dado los ángeles con sus obsequios, los santos y los hombres con sus virtudes y buenas obras; porque todos los honores de las criaturas son honores finitos; más el honor que se da a Dios en el sacrificio del altar, es un honor infinito; porque le es dado por una persona divina y por esto hemos dicho que la Misa es la obra más santa y más agradable a Dios. Y se llama sacrificio *eucarístico*, porque se ofrece en acción de gracias, y es por excelencia la acción de gracias, la más sublime y más perfecta acción de gracias a Dios nuestro Señor. Así como Jesucristo lo ofreció dando gracias al Eterno Padre, porque se había dignado salvar a los hombres, así mismo continúa ofreciéndose en la Iglesia en acción de gracias por los beneficios recibidos, y por los que incesantemente estamos recibiendo. De modo que con este santo sacrificio se honra a Dios, se tributa a su infinita Majestad el culto supremo que le es debido, y se ofrece la más cumplida acción de gracias por su inmensa bondad para con nosotros.

Es también un sacrificio *propiciatorio*, es decir; que se ofrece en expiación por los pecados, para aplacar la ira justa del Señor, y alcanzar por este medio la gracia y el don de la penitencia, o del arrepentimiento, según se demuestra por las siguientes palabras: «En efecto aplacado el Señor con esta oblación, y concediendo »la gracia y el don de la penitencia, perdona los delitos

»y pecados por grandes que sean» (1). Así lo había declarado Jesucristo en el momento solemne de la institución de este augustísimo misterio; y esto mismo se dice en las palabras de la consagración del vino, cuando el sacerdote, tomando la persona de Cristo, pronuncia la siguiente forma: *Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados*. No queremos decir con esto, que con asistir a la santa Misa, se perdonen ya los pecados, como se nos perdonan por el sacramento de la Penitencia; sino que es propiciatorio mediatamente, según dice el Tridentino; esto es, en cuanto que tiene virtud para impetrar el auxilio de la gracia necesaria para obtener el perdón de las culpas, y alcanzar la justificación y crecer en ella. Así nos hace a Dios propicio. ¡Qué beneficio tan grande! Se dice, y es también un sacrificio propiciatorio por los vivos; porque sirve para satisfacer por la pena temporal debida por los pecados perdonados en cuanto a la culpa: pena temporal, que como sabéis, es necesario pagar en esta vida con buenas obras hechas en gracia de Dios, o expiarla en el purgatorio.

Además de ser propiciatorio por los vivos, según queda dicho, es también *propiciatorio, o satisfactorio* por los difuntos. Es cierto que la santa Misa aprovecha a las benditas almas del purgatorio según la promesa

(1) Trid. ses. XXII. c. 2.

infalible de Jesucristo. Muy consoladora es esta doctrina para nosotros y para aquellas almas benditas, a las que tan eficazmente podemos socorrer y aliviar, ofreciendo en sufragio de ellas la santa Misa. Qué valor y mérito tan grande tiene este santo sacrificio para sacar las almas del purgatorio, o al menos aliviar en sus tormentos, a las que allí se hallan expiando las penas temporales, que tienen que satisfacer por sus culpas. Afirma San Jerónimo, que cada Misa libra a muchas almas del Purgatorio, y que de tal manera alivia a las demás por quienes se aplica, que cuando no salen de tan terribles penas, por lo menos no sienten dolor mientras que dura el sacrificio.

Muy consoladora es esta doctrina, volvemos a decir; porque deseamos que os fijéis bien en este punto. Cuando nos prueba la desgracia, porque la muerte ha separado de nuestro lado a una persona querida, nos sirve de grandísimo consuelo en nuestro dolor y llanto el saber, que podemos hacer tanto en alivio y socorro de la que lloramos, ofreciendo la santa Misa en sufragio de su alma, para que salga de las penas del purgatorio, si se halla en aquel lugar de expiación, y entre cuanto antes en la mansión de la gloria. Esto es indudablemente lo que mejor enjuga nuestras lágrimas y mitiga nuestra pena en tan duros trances y dolorosas pruebas. Y cuánto agradecerán aquellas almas benditas las misas que se celebren por ellas. ¡Ah! si pudieran comunicarse

con nosotros ¿qué nos dirían? pues nos hablan por la fe, por las enseñanzas y doctrina de la Iglesia.

Pensad seriamente estas cosas, y considerándolas, formaréis resoluciones y propósitos de pedir por las benditas ánimas, de ofrecer en sufragio de ellas obras buenas; y como de todas las obras piadosas que podéis hacer con este fin, ninguna tiene más mérito y mayor eficacia que la santa Misa, en adelante procuraréis ser diligentes y solícitos en ofrecer misas en sufragio de las almas de vuestros parientes difuntos, de vuestros bienhechores, de vuestras obligaciones, y en general por todas las que están en el purgatorio, y esperan que nos acordemos de ellas, para aliviarlas en sus padecimientos. Y los pobres, que no pueden dar la limosna para ofrecer el santo sacrificio, que procuren oír las misas con esta intención; porque el que las oye alivia las almas de los fieles difuntos, como afirma el Papa San Gregorio Magno. Procurad, pues, en lo sucesivo serviros de este medio tan fácil y provechoso para todos.

Ocasión oportuna ofrece esto para llamar vuestra atención sobre lo que, tanto lamentamos, que suceda. Es un hecho, y por desgracia demasiado frecuente, que muchas veces no se cumplen las obligaciones de misas y otros sufragios por las almas de los fieles difuntos. Son merecedores de severa censura los que culpablemente no cumplen, ó descuidan el cumplimiento de obligaciones

tan sagradas; y gran responsabilidad tienen ante Dios los que así proceden, faltando a la piedad, a la caridad y a la justicia.

En la generalidad de las parroquias existen fundaciones de aniversarios y otras obras piadosas en sufragio de las benditas ánimas; pues es muy sensible que no se cumplan, y algunos desde há muchos años. Falta de sentimientos cristianos revela esta culpable negligencia. No gravéis vuestra conciencia privando a las benditas ánimas de las misas y sufragios, que por disposición de vuestros antepasados tenéis el deber de celebrar en favor de ellas. Temed, amadísimos Hijos, la rigurosa cuenta que habéis de dar a Dios; y sabiendo, por otra parte, que la santa Misa es una obra, que tanto aprovecha a las almas, que padecen en el purgatorio, procurad celebrar, ofrecer y oír por ellas, las que os sea posible ¡cuánto lo agradecerán esas almas queridas! ¡y cuánto intercederán por sus bienhechores! No insistimos más sobre este particular, creyendo suficiente lo dicho para poner oportuno remedio al mal que lamentamos.

Por último, la santa Misa es un sacrificio *impetratorio*, esto es; que sirve para alcanzar otras innumerables gracias y beneficios. Se ofrece por todas las necesidades del alma y del cuerpo. En las preces de la santa Misa pide el sacerdote, que la ofrece en nombre de Jesucristo, toda clase de bienes espirituales y temporales; por la conversión de los pecadores y perseverancia de los justos,

por la enmienda de los vicios y aumento de las virtudes. En una palabra, las necesidades generales de la Iglesia y de la sociedad, las necesidades particulares de nuestros padres y deudos, de nuestros amigos, superiores e inferiores, y nuestras necesidades personales, todo puede tener aquí su remedio, por todo puede ofrecerse ¡cuántas son sus excelencias y prerrogativas! ¡cuán admirables y extraordinarios sus efectos y frutos!

Nada hay en el mundo que pueda compararse con el santo sacrificio de nuestros altares. Es la obra mas santa y divina, como hemos visto, la que mas aplaca la ira de Dios por nuestros pecados, la que abate las fuerzas del infierno, la que mayores bienes proporciona a los hombres, y dá mayor sufragio a las almas del purgatorio. Todo esto nos está diciendo con gran elocuencia ¡cuánto debemos agradecer el santo sacrificio de la Misa! ¡qué interés debemos poner en asistir a ella! ¡y con qué atención, fervor y reverencia debemos oirla!

IV

En la sagrada liturgia todo va ordenado a este fin; las augustas ceremonias, a la vez que sirven para revestir de mayor solemnidad la celebración del santo sacrificio, son también símbolos que emplea la Iglesia, para que los fieles fijen toda su atención en los altísimos mis-

terios que entónces se realizan. Desea la Iglesia escitar en los asistentes sentimientos de viva fe, de profunda humildad y de suma reverencia y sagrado temor, a fin de prepararlos convenientemente para la celebración del augusto misterio, *Sursum corda*, dice el celebrante: «Arriba vuestros corazones», respondiendo el pueblo: «Los tenemos levantados al Señor.» Así debe hacerse; porque a medida que se va aproximando el solemne momento de la consagración, en que se verifica el estupendio prodigio de convertirse, mediante las palabras, que en nombre y persona de Jesucristo pronuncia el sacerdote, la substancia del pan en cuerpo de Cristo y la de vino en su sangre, quiere la Iglesia que los fieles pongan la mayor atención en considerar el milagro de amor que se realiza en aquel instante, que despierten en sí los más vivos sentimientos de fe y de adoración; y por esto les exhorta a levantar sus corazones a lo alto, que se eleven con el pensamiento de la tierra al cielo, de lo visible a lo invisible, de lo carnal y terreno a lo espiritual y divino.

Con este objeto pueden imaginarse, como dice San Gregorio, «que ven abrirse los cielos, y bajar Jesucristo acompañado de coros angélicos, con gran pompa de gloria y con todo el aparato de su divina Majestad» (1). O sino, figurarse, como lo hacía San Juan Crisóstomo, «que ven alrededor del sacerdote y del altar gran mul-

(1) Dialog. lib. IV. c. 50.

titud de ángeles, honrando con dulces cánticos y con profundas adoraciones a su Rey» (1). Estas representaciones sirven para fijar nuestras potencias y sentidos en la consideración de lo que es la santa Misa. A la vista tanta grandeza y tanta gloria, y haciendo comparación con nuestra pequeñez y miseria, humíllese el hombre, confúndase y adore a su Dios con profundos sentimientos de reverencia y amor... recójase en su interior meditando este inefable y dulcísimo misterio.

Así, amados hijos, habéis de procurar oír la santa Misa, cada uno según su capacidad ¡Qué dulces afectos y gratas emociones sentiréis en vosotros! Allí adoráis a Dios, postrados en su real presencia; allí abris vuestro corazón oprimido, y desahogáis con él, exponiéndole vuestras necesidades, penas y tribulaciones; allí hacéis confiadamente vuestras humildes súplicas, por todo lo que necesitéis y deseéis conseguir. Nada temais. Es vuestro Padre, que tanto os ama; es vuestro Dios, que todo lo puede. Rogadle, pues, con instancia y fervor, y saldréis remediados y consolados. Sí; en vuestro interior oiréis la voz de consuelo y de la resignación, alentándoos para seguir adelante en el camino de la vida, y ser constantes en el cumplimiento de los deberes religiosos.

Si con estas disposiciones asistís a la Santa Misa, no se os hará larga ni pesada; al contrario, pasará como

(1) Lib. de sacerd.

breve tiempo, del que conservaréis grato recuerdo, por la satisfacción del deber cumplido, por las gracias y beneficios de todas clases que habréis alcanzado, o esperaréis conseguir por medio de este santo sacrificio. Y si muchas veces no se obtiene lo que pedimos, será debido a que nuestras peticiones no serán de cosas convenientes, y también a que no se oye la santa Misa con la atención y reverencia, que se requiere, lo que de nuevo y con el mayor interés os recomendamos.

V

Bien sabéis, amadísimos hijos, que todos los fieles, que tienen uso de razón, están obligados a oír la santa Misa en los Domingos y días de fiesta, y que cometen un pecado mortal cada vez que sin causa justa faltan a ella; o cuando pudiendo asistir a la Misa en dichos días, dejan de hacerlo sin motivo legítimo, que los dispense del cumplimiento de este sagrado deber. Tratándose de una cosa tan importante, y que tan grandes beneficios nos proporciona, nuestro propio interés, sin necesidad de precepto alguno, debiera ser más que suficiente para que procurásemos oírla no solo en los días de precepto, sino con frecuencia, y a ser posible diariamente, como lo hacen muchos fieles que, conociendo el mérito de la Misa, no quieren privarse de una obra tan santa y agra-

dable a Dios, y tan útil y provechosa para ellos. Por consiguiente poned especial cuidado en cumplir con exactitud este grave deber de nuestra religión.

En la *Carta Pastoral*, de la pasada Cuaresma os hemos hablado de los gravísimos males, que para los obreros y patronos, para las familias y pueblos, trae la profanación de los días festivos por medio del trabajo, con menosprecio de la Ley de Dios; mas para la observancia de las fiestas no basta abstenerse de obras serviles, o trabajos prohibidos; no basta suspender toda ocupación, o trabajo mecánico y servil, es necesario además santificar estos días con obras de piedad, especialmente oyendo la santa Misa, que es la obra de precepto en las fiestas. Acudid, pues, al templo para asistir al adorable sacrificio. No faltéis al precepto de oír la santa Misa; porque, a parte del pecado que se comete y los bienes de que os priváis, el pueblo, que no santifica las fiestas, presenta señales evidentes de decadencia y de ruina, según demuestra la historia con ejemplos muy elocuentes; y los individuos y familias, que así profanan los días santos, atraen sobre sus cabezas la cólera del cielo.

A lo dicho puede añadirse que, así como el Párroco tiene obligación de aplicar la Misa en los días festivos por sus feligreses, así estos deben ser más diligentes en asistir al santo sacrificio, que el sacerdote va a ofrecer por las necesidades y obligaciones de todos ellos. Ved

en esto el interés y tierna solicitud, con que la Iglesia vela por el bien de sus hijos. Y ¿habéis de corresponder a tan señaladas pruebas de amor con frialdad, indiferencia ó menosprecio? No permita el Señor que así suceda en adelante. Honda pena sentimos al tener noticia de que algunos de nuestros amados diocesanos dejan sin justo y legítimo motivo de oír la santa Misa los días festivos. A los que así proceden les exhortamos, y rogamos que se enmienden. Nada les importa tanto como guardar los preceptos de Dios y de la Iglesia; y por consiguiente, al sonido de la campana, que los llama al templo a cumplir sus deberes religiosos, estén prontos para ir a la Iglesia; y con su puntual y devota asistencia a la santa Misa, darán pruebas de su fé y de sus sentimientos cristianos.

VI

Esta es la obra principal que debe practicar el cristiano en los días festivos, y siendo la acción más santa y más solemne del culto y de nuestra religión, es indudable que debe asistir a ella con la devoción y reverencia, que pide el augusto sacrificio. Dice San Buenaventura, «que al celebrar debe el sacerdote tener tres fines: de honrar a Dios, de hacer recuerdo de su Pasión,

y de impetrar gracias para toda la Iglesia» (1). En esto debéis ocuparos durante la Misa: en rendir a Dios vuestros homenajes y adoraciones; en hacer memoria de su sagrada Pasión, dándole gracias por los beneficios recibidos, y en hacerle presentes vuestras necesidades, uniendo vuestra intención con la del celebrante para ofrecer el sacrificio; porque los fieles que asisten son también oferentes o ministros en cierto sentido, a saber: en cuanto unen su intención con la del Sacerdote, ó participan del sacrificio por medio de la sagrada comunión, ó contribuyen con sus limosnas u oblações para la celebración, y también porque allí se pide especialmente por ellos, y tienen su parte en el gran sacrificio del altar, y por esto en el cánon de la Misa se dice: *Acordáos también, o Señor, de todos los que están presentes, por los que os ofrecemos, ó los que os ofrecen este sacrificio de alabanza...* Y en este sentido el Apóstol llama a los cristianos sacerdotes, diciendo: *Vosotros, al contrario, sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de aquel, que os sacó de las tinieblas a su luz admirable* (2). Y podemos agregar, que a los fieles se refieren también en el sentido expuesto las palabras de Jesucristo: *Haced esto en memoria mia.*

Los conceptos, que brevemente dejamos indicados,

(1) De praep. ad Mis. c. 9.

(2) I Petr. II, 9.

proclaman muy alto no solo el recogimiento y fervor con que debéis oír la santa Misa, sino también el celo y diligencia que habéis de poner en asistir a ella; porque el tiempo de la Misa es muy precioso, y es necesario aprovecharlo sin perder instante alguno. El tiempo de la santa Misa es el tiempo oportuno para negociar con Dios, el tiempo de merecer todos sus dones y de alcanzar mercedes y beneficios: pidamos toda especie de gracias, pidamos con toda confianza, pidamos por toda clase de personas: no olvidemos que de todas las horas la de la Misa es la más favorable. Son tantas nuestras necesidades, tantas las amarguras, penas y tribulaciones, ya propias, ya de los deudos y amigos, que debemos estar ansiando que llegue la hora de la santa Misa, para desahogar allí, buscando remedio y consuelo. Ved, pues, cuán necesario es aprovechar bien todos los momentos, para oírla con fruto y hacer nuestras humildes súplicas.

Siendo la santa Misa la obra, que dá mayor gloria a Dios, más honor a la Virgen Santísima y a los Santos, y de tanta utilidad para los vivos y los difuntos, la obra que nos libra de tantos males y nos alcanza innumerables bienes, habéis de poner el mayor cuidado en no perderla por vuestra culpa en los días de precepto; procurando oírla con la mayor atención y devoción, inspirándoos en lo que os decimos en esta *Carta*, que os escribimos más con el corazón que con la pluma; y por lo mismo no la olvidéis.

Aunque deseamos principalmente que todos cumplan

la obligación de oír la santa Misa los días de fiesta, sin embargo no se limitan a esto nuestros deseos: van más allá nuestras aspiraciones. Sí; aspiramos a que, bien persuadidos de lo que vale y representa la santa Misa, procuréis oírla no tan solo en dichos días, sino con la mayor frecuencia, y diariamente cuando podáis hacerlo. El tiempo, que se emplea en oír Misa, no es perdido, ni para el alma ni para el cuerpo. Es de gran mérito para vuestra santificación y salvación, y redundante en beneficio de los intereses y negocios de vuestra casa y familia; porque Dios hará que os sucedan prósperamente, y según convenga.

En los pueblos y parroquias hay muchos fieles, que podían fácilmente asistir a la santa Misa todos los días, ó con gran frecuencia, y sin embargo no lo hacen. A qué es debida la frialdad e indiferencia, que lamentamos? A falta de instrucción y conocimiento de lo que es el santo sacrificio del altar en la mayor parte de los que así proceden, y en otros a tibieza y abandono en el negocio de la salvación eterna. En adelante tened en sumo aprecio y estimación esta obra tan santa y divina, y pensando seriamente cuanto vale una Misa bien oída, resolveos a asistir a ella con frecuencia, y diariamente siempre que podáis hacerlo; sobre todo cuando las faenas del campo, ó trabajos no son apremiantes. En muchas partes hemos recomendado esto mismo durante la Santa Visita, y ahora lo repetimos de nuevo con todo encarecimiento.

A lo dicho se puede añadir, como un estímulo mas para la asistencia a la santa Misa, el saber de cierto, que por medio de tan rica ofrenda se conseguirán mas pronto y eficazmente del Padre de las misericordias, todas las cosas justas, que sean objeto de nuestras peticiones; y lo mismo cuando se celebre en honor de la Virgen Santísima y de los Santos, para que intercedan por nosotros.

Además la asistencia al augusto sacrificio ayuda en gran manera para la comunión frecuente y diaria, que por la gracia de Dios se va practicando con progresivo aumento en muchas parroquias de nuestra Diócesis, lo que Nos sirve de satisfacción y consuelo. Vivamente deseamos que, cuando asistáis a la santa Misa, comulguéis en ella, siempre que os sea posible; porque así lo desea la santa Iglesia, para que tengáis mayor participación en los frutos del santo sacrificio.

VII

Todo lo que dejamos dicho acerca de las incomparables excelencias de la santa Misa, servirá para que se aumente el respeto y reverencia a este sacrosanto misterio, y se asista a él con la mayor atención, recogimiento y fervor. Más si esto no fuese sobrado motivo para evitar las faltas e irreverencias, que algunos cometen

durante la santa Misa, volvemos a consignar las palabras de la sagrada Escritura en que se llama, *Maldito el que ejecuta con negligencia la obra de Dios* (1). Según queda dicho, la obra más santa y divina, la obra propiamente de Dios, es la santa Misa. Y aunque el santo Concilio aplica el referido texto al que se atreve a celebrar indignamente, en cierto modo puede también extenderse a los que se atreven a cometer irreverencias y faltas graves durante la celebración del santo sacrificio, a los que se atreven a ofender a nuestro Señor Jesucristo en su presencia, y en el momento mismo, en que se está inmolando y ofreciendo por todos en nuestros altares.

Tenemos que hacernos violencia para emplear palabras duras; pero sentimos hondamente las faltas de respeto, profanaciones y sacrilegios, que se cometen mientras se celebra el augusto sacrificio, y es indispensable evitarlas; y por tanto fijad vuestra atención, considerando lo terrible y espantoso de esta palabra: *maldito*. Si la maldición de un padre y de una madre causan terribles efectos ¿qué será la maldición de Dios nuestro Señor? La bendición de Dios es fuente de todos los bienes; pero su maldición ¡Ah! terrible sobre toda ponderación. Citaremos algunos ejemplos tomados de la sagrada Escritura, para que conozcamos sus espantosos efectos. Maldice Dios a la tierra, y queda estéril (2). Maldice a la

(1) Jer. XLVIII, 10.

(2) Gen. III, 17.

higuera, y se queda seca repentinamente (1). Al fin del mundo maldecirá a los réprobos, y estos serán desgraciados por toda la eternidad (2). De aquí podéis colegir todo lo horrendo que es la maldición del Señor, y el tremendo castigo que lleva consigo esta palabra *maldito*. Y aunque algunas de estas maldiciones causen solo gravísimos males temporales, es horrible y espantosa en grado superlativo la que lanzará contra los réprobos; por que causará males eternos, y tal es, podemos decir, la que fulmina contra el sacrílego que así le desprecia en el sacrificio eucarístico.

Tened profundo respeto a mi santuario (3). Así habló el Señor a los hebreos, encargándoles que temblasen de reverencia al entrar en el santuario, y que estuviesen llenos de respetuoso temor; lo que cumplían rigurosamente; porque hacían tales actos de respeto y reverencia, que sirven para confusión y vergüenza de los cristianos. Y si aquellos sacrificios no eran más que símbolos, sombra y figura de nuestro augusto sacrificio ¿qué reverencia y respetuoso temor no exigirá el Señor de los fieles cuando están en su santo templo, y especialmente cuando están asistiendo al sacrificio del altar? Deberían permanecer como estáticos en la contemplación

(1) Marc. XI, 13, 14,

(2) Matth. XXV, 41.

(3) Lev. XXVI, 2.

de aquel inefable prodigio de amor, libre la mente de todo pensamiento extraño, para únicamente ocuparse en cosas tan santas, como las que allí tienen lugar; y fijando la consideración en la grandeza infinita de la víctima que está en el altar, y en nuestra pequeñez y miseria, llenarse de santo temor, pudiendo decir como preparación para la comunión sacramental, o espiritual, que tanto recomendamos: «Señor, cuando pienso en tu dignidad y mi vileza, tengo gran temor, y me hallo confuso. Porque si no me llego a Tí, huyo de la vida; y si indignamente me atrevo, incurro en tu ofensa (1). En estos, u otros semejantes pensamientos, pueden ocuparse los fieles durante la Misa, para honrar y alabar a Dios, y no verse privados de los inestimables bienes del santo sacrificio.

¡Ah! que sería del mundo si no fuera por la santa Misa, en la que consiste toda la salud del orbe. Dice San Alfonso: «que por los pecados de los hombres la tierra estaría ya arruinada, sino fuera por el santo sacrificio del altar» (2) Por esto los impios, y todos los enemigos de la religión, trabajan incesantemente por abolir y quitar del mundo la Misa. Trabajemos nosotros porque se conserve. Pidamos que no nos veamos privados de tan santo sacrificio. Que todos los días se celebre en nues-

(1) Imitación de Cristo, lib. 4, c. 6.

(2) Selva. id.

tras iglesias; si, que en el ara consagrada se ofrezca este sacrificio de alabanza por la salvación de los hombres.

Qué consuelo y beneficio extraordinario es para los pueblos, el que en su iglesia, aunque sea de pequeña y remota aldea, se celebre diariamente la santa Misa; este prodigio de amor, que es milagro mas estupendo, que dar vista a ciegos, salud a los enfermos y resucitar muertos. Enorme ingratitud sería no corresponder a tan infinita bondad, mostrarse desagradecido y mezquino con Jesucristo, que tan generoso es con nosotros. Alegrémosnos al oír la campana bendita que nos llama a la santa Misa, asistamos a ella ocupados en santos pensamientos, preparándonos para comulgar, si es posible, a fin de tener mayor participación en el santo sacrificio.

Así daréis también pruebas de vuestro agradecimiento por este beneficio sin comparación, y habéis de manifestar el sumo aprecio en que le tenéis, siendo constantes en asistir a él no tan solo en los días de precepto, sino con frecuencia y diariamente, siempre que podáis hacerlo, según queda dicho. Con esto demostraréis nó solo vuestro respeto y reverencia, sino vuestra fé, amor y devoción al augusto sacrificio eucarístico, en que se ofrece por nosotros aquella *Hostia inmaculada*, que purifica nuestras manchas, aquella *Hostia vivificante*, que nos da salud y vida, y aquel *Pan santo de vida eterna*, Pan subsustancial y divino, que bajó del cielo para dar vida

al mundo, y que nos alimenta y sostiene en los trabajos de la vida, y nos infunde vigor y fortaleza para caminar hasta el cielo, que es nuestra patria.

Más aún, el respeto y reverencia, la modestia y devoción que venimos inculcando para estar en el templo, y especialmente para oír la santa Misa, se requieren además para alcanzar las múltiples gracias, que por ella se obtienen» ¡Oh, qué bien es una Misa dicha con devoción, para quien la dice y para quien la oye! «exclama San Alfonso (1). «Pues si la oración de un seglar es más presto oída de Dios, cuando se hace en presencia del sacerdote que celebra ¿cuánto más pronto será oída la oración, que hace el mismo sacerdote, si celebra con devoción? Al contrario, si las misas se oyen sin la reverencia y devoción convenientes ¿cómo quieren los fieles alcanzar gracias, cuando están ofendiendo al Señor? ¿cómo pretenden hacer propicio al Señor y conseguir lo que desean, cuando asistiendo irreverentes a la santa Misa, le hacen más injurias que honor? Si no se tiene el respeto debido, y la atención y devoción que pide un acto tan solemne, y los altísimos misterios que en él se contienen, en vez de honrar al Señor, se le ofende, agravando la malicia de la ofensa las circunstancias que en ella concurren. Por tanto, es necesario enmendarse,

(1) Selva, par. 2.^a inst. 1.^a.

arrepintiéndose de las faltas en esto cometidas, procurando en adelante asistir a la santa Misa con la atención, devoción, respeto y veneración, que requieren el lugar santo y la acción divina, que se celebra.

VIII

Habéis visto, amadísimos Hijos, que en los párrafos precedentes hemos hecho especial insistencia sobre algunos puntos, porque así lo juzgamos necesario; continuaremos haciendo otras reflexiones, como ampliación y confirmación de lo expuesto, y a la vez ayudarán para conseguir lo que es objeto de nuestros vehementes anhelos. Al efecto, tomamos del Padre Molina una consideración que llama nobilísima, y que viene a ser compendio de lo que dejamos dicho acerca de las excelencias de la santa Misa, y que él copia de un autor espiritual y contemplativo. Dice así: «Y porque en la forma y estilo con
»que lo escribe, me da probable conjetura que fué revelación, e inspiración, y respuesta que tuvo en la oración
»(porque bien se deja entender que no es esta de las cosas que se aprenden en las escuelas) me pareció para
»mayor declaración de lo dicho y consuelo de los sacerdotes y fieles ponerla aquí por sus propias palabras,
»que son las siguientes:

«Pensando conmigo muchas veces en los altísimos
»misterios de la misa, que Dios nuestro Señor, por el
»grande amor que tuvo al hombre, le quiso comunicar la
»potestad de consagrar su santísimo Cuerpo y preciosa
»Sangre, y tratarlo tan familiarmente y recibirlo cada
»día en sus entrañas, siempre me pareció y cada día me
»va pareciendo más que el gusto, gloria y contentamien-
»to que el Padre Eterno recibe cada vez que el sacerdote
»le ofrece a su muy amado Hijo encubierto y encerrado
»en el venerabilísimo Sacramento, es tan grande, que
»todo el gusto, gloria y contentamiento que todos los
»coros de los ángeles, y los demás bienaventurados le
»ofrecen de continuo en la patria, en su comparación es
»como nada; porque todas las obras de las criaturas,
»por altas y nobles que sean, ninguna proporción tienen
»con las del Criador; y el sacerdote ofreciendo al Eterno
»Padre, o a toda la Santísima Trinidad, la venerabilísima
»persona del Hijo en el Sacramento, ofrece Dios a Dios,
»y por consiguiente le ofrece loor infinito, gloria infinita
»y un contentamiento infinito, y finalmente todo el bien,
»el verdadero y sempiterno bien. Y los ángeles y toda la
»corte celestial, por más servicios que hagan a Dios, por
»más gloria, alabanzas y contentamiento que le den,
»aunque sea por toda la eternidad, por vía de otra ofren-
»da que no valga lo que esta, no dan, ni ofrecen Dios a
»Dios, y por consiguiente es todo poco, ó nada, respecto
»de esta divinísima ofrenda, en la cual se ofrece el mismo
»Dios.»

«A esta consideración sucedió otra no menos notable
»de las grandes mercedes que Dios continuamente hace
»a los hombres, y de la razón que hay de que todos
»le amen y le den, no cualquiera honra y alabanza, sino
»una honra, alabanza y contentamiento infinito. En este
»pensamiento sentí interiormente una como respuesta que
»me decía, que si esto quería y deseaba, que ningún me-
»dio podría hallar tan a propósito como recibir en gracia
»y con el aparejo debido el Santísimo Sacramento del
»altar, y después de haberlo recibido, y tenerlo en mi pe-
»cho y en mi poder, hecho ya cosa mía propia y como
»dueño y señor de ella, tornarla a dar y ofrecer al Eterno
»Padre, recogíendome para esto... Este ofrecimiento se
»debe hacer con íntimos deseos del corazón, y actos
»amorosos de la voluntad, y con la humildad y reveren-
»cia que fuere posible. Porque dando y ofreciendo al
»Padre eterno este don y ofrenda, se le dá y ofrece en
»ella gloria, alabanza y contentamiento infinito de parte
»de dicha ofrenda, la cual ni los ángeles del cielo, ni to-
»dos los bienaventurados le pueden dar por otro algún
»medio.»

«Hasta aquí son las palabras de este autor, el Señor
»por su misericordia nos las dé a entender, y gracia para
»saberlas ejercitar» (1).

Así lo deseamos y pedimos. En estas bellísimas con-

(1) - Molina. Instr. de sacerdot. Trat. 3.^o C. 9.

sideraciones hallarán todos, y especialmente las personas devotas y piadosas, materia abundante para satisfacer sus fervorosos deseos durante la santa Misa, ejercitándose en actos de amor y reparación, y desahogando en dulces afectos con gran fruto y provecho espiritual.

Con este objeto, y ampliando un poco estas consideraciones, puede cada uno, según su capacidad, además de otros actos de devoción, ejercitarse en santos pensamientos y deseos, inspirándose en lo que venimos exponiendo. Aunque cumple con el precepto, y oye bien la Misa el que se ocupa en rezar sus devociones, ó en hacer lectura espiritual, ó está con atención al acto que se celebra; sin embargo como se trata de una cosa tan interesante, y que tanto importa hacer del mejor modo posible, para conseguir más copioso fruto, por ésto deseamos que los fieles se recojan interiormente, fijando toda su atención en la santidad del sacrificio del altar, contemplando aquél prodigio de amor infinito, que en su presencia se está realizando. Dejamos hechas algunas consideraciones relativas a ésto; pero todo es poco, tratándose de lo que se trata, y por lo mismo estimamos de gran conveniencia estendernos un poco mas sobre este punto, en honor y alabanza del augusto sacrificio y para la mejor instrucción de los fieles, encargándoles que procuren ejercitarse durante la santa Misa en éstos, ó semejantes actos y deseos. Así avivando la fe en la presencia de Jesucristo. y considerando que está allí, en la sagrada Hostia, rodeado de

innumerable multitud de ángeles, postrarse para adorarle con los bienaventurados, admirándose de que Dios se humille tanto por amor al hombre; *Oh Señor, Soberano Dueño nuestro! cuán admirable es tu santo nombre en toda la redondez de la tierra. ¿Qué es el hombre, para que tu te acuerdes de él? O ¿qué es el hijo del hombre, para que vengas a visitarle?* (1) Así exclamaba el Real Profeta.

Pueden también ejercitarse en afectos de alabanza, asociándose a los Angeles y Santos como propone el devotísimo Padre la Puente, diciendo: «Bendígante, Señor, tus Angeles, Arcángeles y Principados; juntamente con los bienaventurados y todas las criaturas, alábente y glorifíquente por todos los siglos». Así mismo con las potencias y sentidos, con los pensamientos y afectos del corazón, hemos de alabar y glorificar al Señor por tan soberano beneficio, haciendo propios los sublimes conceptos expresados en el siguiente salmo eucarístico, o en acción de gracias, por la remisión de los pecados: *Bendice; oh alma mía, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre. Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus maldades: quien sana todas tus dolencias. Quien rescata de la muerte tu vida; el que te corona de misericordias y gracias, El que*

(1) Psal. VIII. 1, 5.

sacia con sus bienes tus deseos... Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen; porque conoce Dios la fragilidad de nuestro ser. Tiene muy presente que somos polvo; y que los días del hombre son como el heno: cual flor del campo, así florece y se seca... Bendecid al Señor todos vosotros que componéis su celestial milicia, ministros suyos que hacéis su voluntad. Criaturas todas de Dios, en cualquier lugar de su universal imperio, bendecid al Señor: bendice tu, oh alma mía, al Señor (1).

Con tan inspirados acentos expresaba David la acción de gracias al Señor por sus misericordias para con el hombre, y mayor debe ser nuestra admiración ante estos prodigios de infinito amor, para excitarnos a ensalzarle y alabarle por ellos. Ante la sagrada Víctima, que contemplamos en el altar inmolándose por nosotros, demos rienda suelta a los afectos de nuestro corazón.

Pero no nos limitemos a esto; hemos de hacerle nuestras súplicas, sí; presentémosle nuestras peticiones; porque Él gusta de oírlas, y viene para remediarlas. ¡Qué momento más propicio para permitir un desahogo al pobre corazón humano! Está tan oprimido y atribulado, y tan necesitado de remedio y consuelo, y entonces es la ocasión de elevar la plegaria al Señor, diciendo con

(1) Psal. CII, 1—22.

el Salmista: *Atiende a mi humilde súplica, porque me hallo sumamente abatido* (1). Cada uno a su manera, y en su lenguaje y del modo que se le ocurra, haga sus preces, exponiendo confiadamente sus peticiones y deseos; porque el Señor dice por el Profeta: *Abre bien tu boca, que yo te saciaré plenamente* (2). Dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazón; porque tengo propósito de llenarlos y cumplirlos, y te consolaré y llenaré de contento.

Además en justa correspondencia es preciso ofrecer al Señor algo que le agrade, aquello que interiormente conocemos que desea, el sacrificio de alguna pasión, enmendarnos y corregirnos, haciendo firmes propósitos de guardar sus mandamientos, apartándonos de toda clase de pecados, para tener una vida verdaderamente cristiana.

Ved pues, amadísimos hijos, la dicha inestimable que se encierra en la santa Misa, y el interés que debéis tener en asistir a ella, especialmente los padres de familia para dar buen ejemplo a sus hijos, procurando a la vez con gran solicitud que éstos asistan también, dándoles las instrucciones convenientes para que la oigan con la atención y reverencia debidas.

Vienen muy bien a nuestro propósito las siguientes

(1) Psal. CXLI, 7.

(2) LXXX. 11.

palabras, que os decimos con el Apóstol: *Estad firmes en la fé* (1). *Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos de los siglos. No os dejéis, pues, descaminar, o llevar de aquí allá, por doctrinas diversas y extrañas. Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazón con la gracia de Jesucristo* (2). *Teniendo, pues, por sumo pontífice a Jesús, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto del cielo, y nos abrió sus puertas; estemos firmes en la fé que hemos profesado. Pues no es tal nuestro pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias... Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para ser socorridos a tiempo oportuno* (3). Esto es, cuando lo necesitamos.

Mucho más pudiéramos decir sobre esta materia tan interesante, que no hay lengua humana que baste para ponderar, cual corresponde, esta inefable y maravillosa fineza del amor de Jesucristo para con los hombres; pero se alargaría demasiado esta *Carta*, si nos estendiéramos en otras consideraciones. Nuestros venerables y amadísimos Cooperadores en el santo ministerio, con su probado celo, procurarán exponer, tanto en la predicación parroquial, como en la catequesis, todo lo referente al

(1) I Cor. XVI, 13.

(2) Hebr. XIII, 8, 9.

(3) Hebr. IV, 14-16.

santo sacrificio de la Misa, dando una instrucción más amplia y detallada no solo del valor, fin y efectos admirables de la santa Misa, sino también de todas y cada una de sus partes, y de las sagradas ceremonias que tanto realzan la majestad y grandeza infinita del acto principal de nuestra religión.

Es muy necesaria al pueblo cristiano la instrucción acerca de este sacrosanto misterio, y abrigamos la confianza de que nuestros queridos diocesanos, después de la lectura de esta *Carta Pastoral*, han de poner especial interés en instruirse bien en todo lo referente a la santa Misa, ya oyendo con atención las explicaciones de sus Párrocos, ya por medio de libros piadosos y devotos, con lo que se aumentará el número de asistentes, que seguramente la oirán con la atención y devoción, que les venimos recomendando con todo encarecimiento.

IX

Ahora dos palabras a nuestros venerables Sacerdotes y amadísimos cooperadores en el santo ministerio. Bien sabéis V. H. que la obra principal de nuestra religión y la más divina que podemos ejecutar, es la santa Misa. Por esto la Iglesia ordena que se celebre no solo con la mayor pureza de corazón sino también con la mayor devoción exterior y demostración de piedad, que sea posible; y añade el Tridentino que, el omitir esta

devoción externa debida al sacrificio, «es tan grande irreverencia, que viene a ser una cierta impiedad» (1). Y nada contribuye tanto a la edificación de los oyentes, como la piedad y exterior devoción del celebrante, por las que se demuestra la disposición interna, y la pureza del corazón inflamado en el amor de Dios.

No puede Dios ensalzar más a un hombre que confiéndole la dignidad sacerdotal, y el ministro de Jesucristo al celebrar el santo sacrificio debe hallarse tan puro y santo que merezca ser colocado en medio de los ángeles. Aparte de sí todos los pensamientos del mundo, como decía San Francisco de Sales: «cuando yo me vuelvo al altar para comenzar la Misa, pierdo de vista todas las cosas de la tierra» (2). Atento únicamente a la acción tan grande que va a ejercer, suba al altar meditando que representa la persona de Cristo; asista como un ángel; administre como un santo; ofrezca los votos del pueblo cristiano como un pontífice; como mediador interceda por la paz, y como hombre ruegue por sí mismo.

Hagamos del mejor modo posible todas las ceremonias, que son tan augustas, tan bellas y tan misteriosas en su significado, procurando edificar al pueblo por nuestra piadosa dignidad en el altar. Y si por una parte la grandeza y santidad del sacrificio nos obliga a celebrarlo con cuanta pureza y reverencia interior y exterior sea

(1) Sess. 22, Decr. de obser. etc.

(2) Cartas a Sta. Juana.

posible; por otra, la excelencia y eficacia de la santa Misa nos obliga a celebrarla diariamente, siempre que podamos hacerlo. «El sacerdote que sin legítimo impedimento deja de celebrar, priva, en cuanto está de su parte, a la Santísima Trinidad, de la mayor alabanza y gloria; a los ángeles, de suma alegría; de perdón, a los pecadores; a los justos, de auxilios y gracias eficaces; de gran refrigerio, á las ánimas del purgatorio; a la Iglesia del beneficio espiritual de Jesucristo; y a sí mismo de remedio y de salud» (1).

Renovemos el propósito de celebrar diariamente, mientras podamos, imitando a los sacerdotes fervorosos y santos; porque el sacerdote, que celebra todos los días con devoción, recibirá siempre de Dios nuevas luces y nuevas fuerzas. Jesucristo le instruirá siempre mas, lo consolará, lo animará, y le concederá las gracias que desea. Especialmente después de la consagración esté seguro el sacerdote, que le dará el Señor todas las gracias que le pida (2). Tengamos habitualmente una hora fija para decir Misa, escogiendo la más cómoda para los fieles. Bien sabemos que no necesitamos hacer exhortaciones a nuestros amados Sacerdotes; porque tenemos la satisfacción de recibir continuas pruebas del celo con que trabajan en el santo ministerio.

(1) Beda, de vener. Sacra.

(2) Selva, par. 2.^a, instr. 1.^a

Todo lo que dejamos consignado en esta Carta, está inspirado, amadísimos Hijos, en los pensamientos, y en el lenguaje de la Iglesia y de los Santos respecto del augusto sacrificio del altar, solamente hemos añadido aquellas reflexiones, que hemos creído más convenientes y oportunas para excitar el amor y fomentar la devoción a la santa Misa, como humilde ofrenda en su honor y alabanza. Cuanto pudiéramos decir de este inefable misterio, siempre sería muy poco en comparación con la realidad, como lo expresó con soberana elocuencia el Doctor Angélico, diciendo: «Llegad en las alabanzas al limite de lo posible, que jamás alabaréis este misterio como merece ser alabado; sois absolutamente incapaz de conseguirlo» (1). Pero Dios nuestro Señor haga con su gracia, que este sencillo trabajo sirva, para que los sacerdotes celebremos con mayor devoción la santa Misa, y para que los fieles la oigan con más frecuencia, lo que es objeto de nuestros ardientes anhelos y fundadas esperanzas.

Para terminar llamamos vuestra atención sobre la importancia del último Evangelio de la Misa, que ordinariamente es el de San Juan, a fin de que asistáis a él, estando atentos a su lectura. Evangelio, que San Agustín deseaba ver escrito en letras de oro, y que es un maravillo-

(1) *Offic. Smi. Sacram.*

so compendio de los principales misterios de nuestra religión. Este Evangelio lleva nuestro pensamiento a las regiones celestiales, hasta el seno mismo de Dios, para que el hombre contemple la gloria del Verbo, y la majestad del Unigénito por quien fueron hechas todas las cosas; y además para que admire la omnipotencia infinita del Señor, que desciende del cielo, para ofrecerse como víctima de propiciación en el ara del altar, dice: *Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... El Verbo era la luz verdadera, que cuanto es de sí alumbra a todo hombre que viene a este mundo* (1).

Así va presentando a nuestra vista la Majestad divina del que acaba de inmolarse en el altar. Pidámosle que nos ilumine, disipando las tinieblas de nuestra ignorancia, para que, conociendo los errores y engaños del mundo, sigamos en pos de Jesucristo, profesando su doctrina, que es la única verdadera. Confesémosle y rindámosle nuestras adoraciones como a Dios, Señor y Redentor nuestro, y que nunca se pueda decir de nosotros: *Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron.* (2) No, Jesús mío, deseamos recibiros con la mayor frecuencia. Reinad siempre en nuestros corazones. Ahora podemos repetir con el santo Evangelio:

(1) Joan 1, 3--9.

(2) Joan. 1, 11.

Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. (1). Con los ojos de la fe hemos visto a Jesucristo en el Trono de su gloria, recibiendo las adoraciones de la corte celestial, y le hemos adorado en la Hostia consagrada, viéndole *lleno de gracia*, para perdonar nuestros pecados y colmarnos de sus dones; y *lleno de verdad*, para quitar nuestra ignorancia, instruyéndonos en su santa Ley, que proponemos observar siempre.

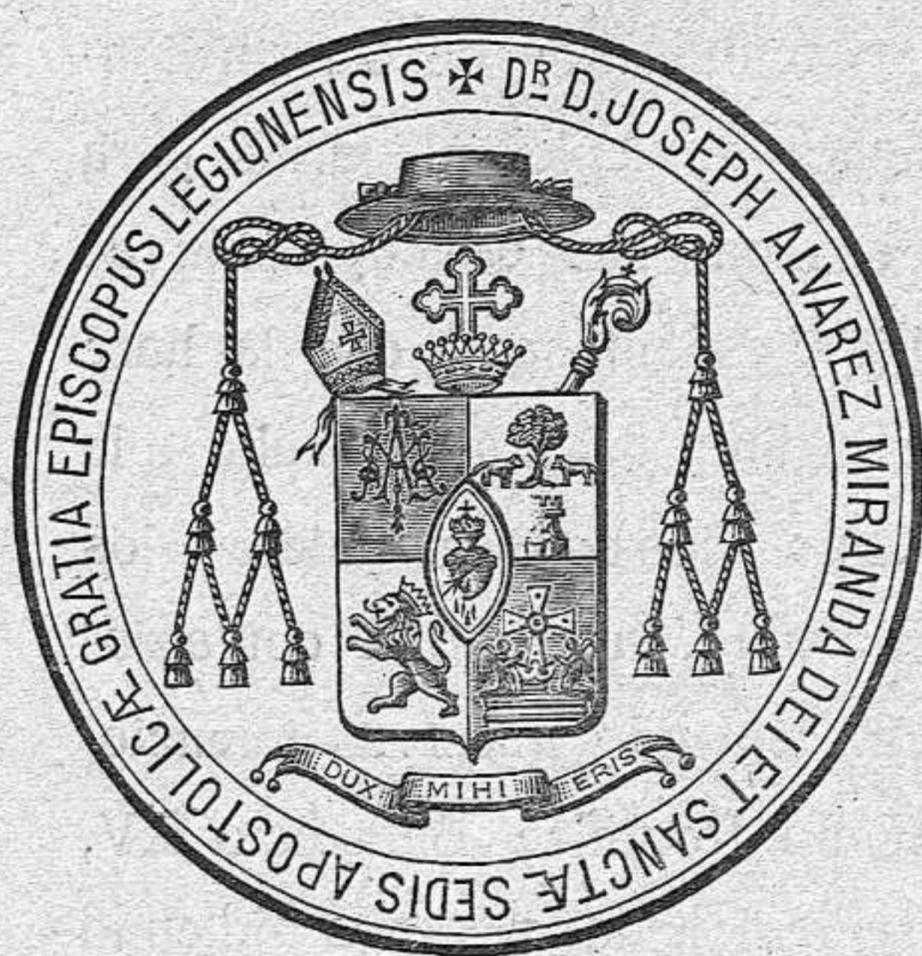
Así lo suplicamos por la intercesión de la Virgen Santísima, recomendando al mismo tiempo que continuéis pidiendo por la paz. En estas circunstancias verdaderamente críticas y excepcionales, y de extraordinaria gravedad, elevad al Señor fervientes plegarias para que termine cuanto antes esa inmensa conflagración de la guerra, sin igual horrible y espantosa, y que la hace más terrible lo incierto de su fin y desenlace, oculto a la previsión humana, y que sólo Dios conoce. Quiere Dios confundir la soberbia del hombre, que parece contagiado de una demencia bélica. Uniendo nuestras intenciones a la de nuestro amadísimo Pontífice Benedicto XV, que tan felizmente gobierna la Iglesia, sigamos pidiendo por la paz, la ansiada paz, tan necesaria para el bien de la Iglesia, de la familia y del mundo. El Señor se apiade de nosotros, y haga que llegue pronto ese venturoso día.

(1) Joan. I, 14.

Recibid, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, la bendición que de lo íntimo de nuestro corazón os damos en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de León, firmada de nuestra mano, sellada con el mayor de nuestras armas y refrendada por nuestro Secretário de Cámara y Gobierno, a once de Febrero, fiesta de la Aparición de la Inmaculada V. M. del año mil novecientos diez y siete.

† José, Obispo de León.



Por mandado de S. S. I y Rvdma.
el Obispo mí Señor,
Lic. Felipe García Alvarez,
PBRQ SECRETARIO

Esta Carta Pastoral será leída, según costumbre, en las Misas parroquiales y de hora en las iglesias de nuestra jurisdicción, distribuyendo su lectura en tres dias festivos, y dando principio el primer Domingo, inmediato al de su recibo.

Circular núm. 52

Concediendo facultades a los confesores durante el tiempo del cumplimiento pascual

Deseando facilitar a nuestros Rdos. Párrocos y Confesores los trabajos de su sagrado ministerio durante el tiempo de Cuaresma y del cumplimiento del precepto pascual, y facilitar también a los fieles el cumplimiento de dicho precepto, declaramos: que en este año el tiempo útil en nuestra Diócesis para cumplir con el precepto pascual, será desde el primer Domingo de Cuaresma, día 25 del corriente, hasta el 15 de Junio, fiesta del S. Corazón de Jesús, ambos *inclusive*.

A todos los Rvdos. Sacerdotes, que tengan corrientes sus licencias de confesar en este Obispado, y que no estén facultados para absolver de los pecados reservados a Nos por decreto de 7 de Diciembre de 1916, les concedemos facultad para absolver de los mismos durante el tiempo señalado para el cumplimiento pascual.

Deseamos que exhorten a los que tengan recursos a que procuren tomar la Bula de la Santa Cruzada, ya por los privilegios que concede en orden a la confesión, como también porque contiene un tesoro de gracias e indulgencias, que ningún fiel debe menospreciar.

Así mismo en virtud de facultades apostólicas autorizamos por igual tiempo a todos los Rvdos. Sacerdotes, aprobados para oír confesiones en esta Diócesis, para habilitar *ad petendum*, en los casos que pudieran ocurrir, teniendo presentes las siguientes cláusulas: *Remota occasione, peccandi, et injuncta gravi poenitentia salutari et confessione sacramentali singulis mensibus per tempus arbi-*

trio dispensantis statuendum. A este efecto, concluida la forma ordinaria de absolución, el confesor, cuando haya de hacer uso de dicha facultad subdelegada añadirá: *Et facultate apostolica mihi subdelegata, habilito te, et restituo tibi ius amissum ad petendum debitum conjugale. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

En atención a las dificultades que hay para que lo hagan en la capital, autorizamos a los reverendos Párrocos, Ecónomos y Regentes para recibir de los respectivos predicadores cuaresmales, el juramento que deben prestar contra el modernismo, antes de ejercer su oficio según lo dispuesto por el S. Pontífice Pío X en su *Motu proprio* —«*Sacrorum Antistitum.*» En la ciudad lo prestarán ante Nos o ante nuestro Provisor y Vicario General.

Terminado el tiempo del precepto pascual los RR. Párrocos y encargados de la cura de almas procurarán remitir a nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno la relación preceptuada en la Constitución CLXVII de las Sinodales del Obispado.

León 12 de Febrero de 1917.

† JOSÉ, OBISPO DE LEÓN.

